

do extinguida la raza? Porque hay demasiados hombres que no comprenden la santidad, y que, aunque la comprendan, no tiene valor para ser naturales. Dádnos hombres sencillos, verdaderos, naturales; con ellos, aun hoy día, con la gracia de Dios, haremos Santos, si se han hecho ya ellos hombres completos sin la gracia.

Una pregunta más: ¿Por qué tenemos tan pocos hombres? Y entiendo por hombres los hombres verdaderamente dignos de este nombre, los hombres completos. Porque ya no tenemos Santos. La imperfección es enfermedad de la naturaleza. La virtud es su santidad. Ciertamente que la virtud y la santidad cristianas son más que la simple naturaleza, pero se encuentran en la naturaleza perfecta. <sup>(1)</sup> Dénos Dios Santos, y verá de nuevo el mundo la maravilla en que apenas si tiene fe. Verá hombres completos, hombres naturales.

(1) S. Basilio, *Hexam.*, 9, 4.

## CONFERENCIA XVIII

### ECCE HOMO

1. **Cuán benéfica y necesaria para el hombre es la influencia personal del hombre.**—Entre los más grandes consuelos y los más puros goces de la vida hay que enumerar la felicidad de encontrar aquí abajo, en este mundo de imperfección, un hombre de quien no es posible separarse, sin tener el firme propósito de llegar á ser mejor. Raro, muy raro es que tal hombre se halle; pero, gracias á Dios, los hay por todas partes. Digno de lástima es, en verdad, el que no ha tenido la felicidad de encontrar alguna vez á ese hombre; porque no puede imaginarse la rapidez con que una palabra, por breve que sea, que sale de un corazón verdaderamente piadoso é interior, nos eleva sobre las miserias de la tierra, ilumina las tinieblas de nuestra alma, despierta en nosotros el entusiasmo para todo lo que es bueno y noble, y nos ayuda á vencer las dificultades en apariencia insuperables; ¡Y bien sabe Dios cuán innumerables son en la vida esos instantes en que amenaza aplastarnos al mundo! En vano trabajamos por buscar en nuestras propias reflexiones ó en los libros remedio á nuestros sufrimientos, fuerza para el sacrificio y victoria sobre nuestras pasiones. Está como oscurecida nuestra inteligencia, enervada nuestra voluntad y debilitadas todas nuestras energías. Estamos como el pájaro ante la boca de la serpiente pronta á engullirlo; queremos sacudir nuestras fuerzas paralizadas, pero nos debilitan más y más todos nuestros esfuerzos. No es capaz de levantarnos y de darnos paz y consuelo para afrontar nuevos

combates y nuevas pruebas, sino la mirada dirigida á un semblante amigo, la comunicación de nuestras penas á un corazón que sepa comprenderlas, y la poderosa palabra de un hombre superior que sabe tomar parte en ellas.

En el campo científico sucede con frecuencia que, sin auxilio de maestro, puede hacer grandes adelantos un espíritu dotado de cualidades especiales. Pero ahí también son excepción singular los autodidactos; no pueden desprenderse de muchísimos defectos y de no pocas imperfecciones: En la vida moral no pueden existir semejantes personajes; ¡son tan grandes los peligros de equivocarse el camino, tan frecuentes las dificultades, para que pueda alguien caminar con seguridad, y no quedar aniquilado sin la ayuda de un apoyo ejercitado y probado! ¡En este terreno, desgraciado el que es sabio á sus propios ojos! ¡Pobre del que está sólo! <sup>(1)</sup> En el camino de la vida interior, tienen los más fuertes horas de peligrosa debilidad, y los más sabios, momentos de perplejidad completa. Está plenamente probado, y no hay excepción, que el hombre tiene necesidad de quien le sostenga en este terreno.

**2. El ejemplo debe juntarse al precepto.**—Mas para nosotros no es grande la utilidad, si entre las palabras y los ejemplos de ese maestro no hay armonía. Cuando se trata de enseñar y dirigir, tiene la acción diferente valor que la palabra. En el momento en que le pedíamos consejo sobre la manera de salir de nuestra medianía, y de evitar nuestra pasión, parecíanos convincente su palabra. Nos separamos de él con la firme resolución de violentarnos; pero pasan algunos momentos, y aparece la fría duda en nuestra inteligencia, y se pregunta nuestra voluntad, si en la vida práctica es posible ejecutar lo que nos ordena. ¿Y qué auxilio invocaremos entonces? No hay más que uno. Concluirá toda duda, desaparecerá toda perplejidad, en el momento en que le veamos semejante á nosotros por la fortaleza, y superior por la virtud, cumpliendo lo que nos había predicado.

(1) Prov., III, 7. Eccl., IV, 10.

¿Qué decir de los que no comprenden las doctrinas elevadas? Para ellos no hay más que el ejemplo; para ellos no son convincentes las palabras, sino cuando el ejemplo despierta uno de esos entusiasmos que llevan hasta la imitación. Por eso, no basta al maestro que su inteligencia posea la verdad, y que enseñen el bien sus labios; es necesario que obligue á los hombres á su aceptación. Nada es aquí la palabra; lo es todo la acción. Hombres de mediocre moralidad han expuesto doctrinas excelentes. Pero ¿han servido de mucho esas doctrinas? Ha habido otros que han sido santos, y no han pretendido erigirse en doctores. Á pesar de todo, han transformado y mejorado millares de personas. El premio, como se ve, es para el que, poderoso en obras y en palabras, nada enseña antes de practicarlo. Es el verdadero maestro en pos del cual se marcha fácilmente:

«Con placer al maestro

»Seguimos, cuando enseña con ejemplos

»Mejor que con palabras; todo nuestro

»Entusiasmo es para él, si, en la enseñanza,

»Á la buena palabra

»La buena acción añade, y entendemos

»Que, bueno en sus palabras, es mejor todavía en sus acciones». (1)

**3. Los antiguos tenían maestros, pero no tenían modelos de virtud. Reunidas en una sus doctrinas aisladas, no formaban un todo.**—No podemos negar que, si nos fijamos en la palabra, tienen para nosotros cierto encanto las doctrinas de muchos antiguos. Ahí está principalmente la Ética estoica que, con sus sonoras palabras, ha seducido á gran número. Sin embargo, prescindiendo de que imponían al hombre un yugo intolerable, jamás han sido puestas en práctica. Se ven obligados á confesar los mismos estoicos que ninguno de los grandes hombres, honrados por ellos más que los demás, ha realizado jamás el retrato de su sabio: ni Sócrates, ni Antístenes, ni Zenón, ni Cleanto, ni Crisipo. Pues bien, las otras escuelas se parecían á esta. Muy bien podía decir Cicerón en nom-

(1) Thomasin von Zerclaere, *Der Wælche Gast*, 647 y sig.

bre de todas: «No tenemos ya la representación sólida y real del verdadero derecho, de la verdadera justicia. No hemos conservado más que una sombra, una débil imagen; y ¡ojalá la siguiéramos!» (1)

Dignos de lástima eran aquellos paganos, á los cuales no se puede negar el mérito de haber tenido muchas veces sublimes aspiraciones; pero no conocieron ni las doctrinas de fácil práctica, ni los modelos de virtud... ¿Qué digo? ¡No tenían modelos!... ¡Y mucho más les hubiera valido no haber tenido ninguno! Pero tenían fe en los dioses que, por excepción acaso, practicaban una buena acción entre cien acciones criminales, quedando perplejos en los mejores casos entre el bien y el mal. Imposible tomar á uno de ellos como modelo del bien. Acaso pudiera impedirles la cólera de aquellas divinidades ejecutar lo que ellas se permitían impunemente, pero era imposible contenerse en los placeres por temor al pecado, y hacer el bien por amor ó por veneración á ellas. (2) Veían en aquellos dioses, hombres que se abandonaban á todas las bajezas de la sensualidad, hombres que, bajo las amenazas de severísimos castigos, exigían el bien de parte de los mortales, mientras que, sin vergüenza ni pudor de ningún género, quebrantaban ellos aquellos preceptos; hombres á cuyos ejemplos y seductores artificios no podían resistir, no habiendo seres más elevados que exigieran la devoción. Pero quedaban perplejos los pobres mortales, que con frecuencia eran mejores que sus divinidades, sin saber si debían seguir ó sus malos ejemplos, ó las leyes en lo que tenían de bueno, ó su propia razón.

Quedaban los hombres; pero, lo mismo que entre los dioses, quedáronse los paganos sin modelos entre los hombres.

Mas hay que decirlo en justicia; atendido el conocimiento del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso, tal cual existía en aquella época, era de todo punto impo-

(1) Cicerón, *Off.*, 3, 17.

(2) Cfr. Nægelsbach, *Nachhomerische Theologie*, 317 y sig.

sible llevar ese modelo á una verdadera perfección, digna de ser imitada. Al lado de gran número de ideas, que forzosamente habían de arrastrar al hombre muy por debajo de su dignidad; al lado de gran número de otras, que, desconociendo su naturaleza, exigían de él imposibles, había en el paganismo muchas verdaderas ideas sobre el bien; pero semejábanse á miembros mutilados. Un giron era objeto de la fe de los pueblos, y otro permanecía envuelto en el misterio. Enseñaba una cosa un filósofo, y otro filósofo otra diferente. Aquellas partes no eran capaces de formar un todo, porque les faltaba la cohesión. Y aunque se hubiera encontrado en aquel terreno una imagen viviente de la virtud, representando de la manera más clara todas las obligaciones morales y todas las aptitudes del hombre, jamás se hubiera podido entusiasmar á los demás hasta conducirlos á su imitación.

**4. El Cristianismo reconoce todo lo que había de verdad en estas doctrinas, llena sus vacíos, y forma con ellas un todo viviente y comprensible.**—Se precia el Cristianismo de tener por misión enseñar una moral perfecta, sirviéndose de ella para conducir al hombre á la perfección. Mas para conseguir su objeto, debía quitarse de encima una triple carga.

Debía, primero, dejar subsistir intacto todo lo que había de verdadero y humano en las doctrinas morales establecidas hasta entonces. Una religión que aspira á la gloria de la perfección, á ningún precio puede crear nada puramente nuevo. Con mucha frecuencia han dirigido sus miras á esa gloria las instituciones y los sistemas humanos. No siempre tuvieron por objeto sus esfuerzos la verdad misma, pero han quedado satisfechos cuando han demostrado que, hasta ellos, nadie ha podido hallar la verdad; para ellos, vale más que tener razón, granjearse aplausos por la novedad. No sucede lo mismo con la Religión de la Verdad. Si quiere hacer sus pruebas como ellos, nada debe rechazar de la verdad que existía antes que ella, ni aun la parte más oculta y más insignificante, por-

que en el supuesto de que no la apreciase, ó de que quisiera reemplazarla por otras, probaría que no es su fin dar á conocer la verdad, sino la apariencia de la verdad. Pero, sin envidia de ningún género, sino con gozo especialísimo, se ha apropiado la Religión cristiana todo lo que de bueno y de verdadero halló en el mundo, por insignificante que fuera, y cualquiera que fuera su origen. Y basta con esto para probar que ama la verdad.

En segundo lugar, no sólo ha reunido todos los girones de la verdad que ha encontrado esparcidos por una parte y por otra; ha hecho más, ha presentado á la luz meridiana toda la verdad. Y hablamos aquí sólo de la verdad natural y considerada desde el punto de vista de la moral. Más adelante la examinaremos como Religión sobrenatural.

Ahora bien, un sistema que quiere ilustrar al hombre sobre su destino natural moral, debe comenzar por contestar á tres preguntas: ¿Qué es con respecto á la naturaleza? ¿Qué con respecto al mal? ¿Cuáles son las obligaciones del hombre para consigo mismo? Ved la respuesta, por decirlo así, unánime, que han dado los antiguos á la primera pregunta: «Existe la naturaleza con todas sus alegrías, con todos sus bienes, y con todos sus placeres para que se engolfe en ella el hombre». Es la respuesta de Mahoma y de toda filosofía y de toda religión que no conoce ascetas. El estoico y el cínico desprecian la naturaleza por orgullo, no porque eviten el engolfarse en ella, sino para darse ante el mundo apariencias de elevarse sobre ella; el budista la niega completamente, ya por estupidez, porque no la comprende, ya por pereza, desesperando poder mejorarla.

No la desprecia el Cristianismo, ni se pierde en ella; nos enseña á conocer sus peligros y los medios de purificarla y ennoblecerla.

En cuanto al mal, sólo una filosofía conocía la antigüedad: «Huir de él todo lo posible». Niéganlo enteramente los estoicos para alimentar su orgullo con la locura del pue-

blo; lo niegan como si fueran ellos naturalezas superiores, insensibles, como si, diferentes de los demás hombres, no tuvieran sentimiento. Hace de él abstracción de manera tan completa el budista, que se divierte con él, y no tiene más que un deseo, desaparecer pronto con él. Ninguno comprende el mal con relación al alma y á la moralidad; ven en él un espantajo ante el cual retrocede horrorizada la naturaleza sensible. Si ellos no lo han conocido quizás sino á medias, Zoroastro y Manú lo trataron con extrema rigidez.

Contra esas opiniones nos enseña la verdad cristiana que no debemos buscar el verdadero mal, sino en los daños que recibe el alma en su vida íntima; que es necesario combatir ese mal y vencerlo á costa de todos los sacrificios; que no puede hacerse abstracción del dolor, sino sufrirlo con paciencia. «No os dejéis vencer por el mal, nos dice, sino triunfad del mal por el bien». <sup>(1)</sup>

Esta es la respuesta de los griegos á la tercera pregunta: «No te impongas muchos cuidados. Eres un hombre: sé hombre; considérate como eres, y vive con tu naturaleza». Á su vez, Buda, habla de esta manera: «Sí, eres hombre por desgracia, pero debes dejar de serlo; no exista para ti el hombre, tu más elevado fin es el aniquilamiento personal, tu desaparición en el todo».

Entre estos dos extremos se halla el Cristianismo con su doctrina, la única que responde á la realidad, la única que es tan humana como hecha para ennoblecer. «No busques lejos, dice esta doctrina, lo que puedes y lo que debes ser. En ti hay mucho bien, pero no es perfecto; por desgracia, hay también mucho mal. El primero forma la verdadera naturaleza; perfecciónalo. En cuanto al mal, castígalo. Llegarás á ser así lo que debes ser: hombre completo. Hazte hombre. El medio para llegar á serlo es no hacer mal, dirigir seriamente todos los esfuerzos hacia la verdad y hacia la perfección».

Si se hubiera detenido ahí la doctrina cristiana, hubie-

(1) Romanos, XII, 21.

ra manifestado sin duda la verdad más completa y más perfectamente que las otras, pero se hubiera parecido á ellas, quedando en el estado de doctrina. No hubiera sido completa su misión. Consistía su principal tarea en refundir en una unidad viviente lo que había tomado de los antiguos y lo mejor y más nuevo que había traído ella. Porque no consiste su valor en escombros aislados, separados unos de otros, por preciosos que sean, sino en un todo viviente. Pero aun no basta esto. Si no quería pasar sin llamar la atención ni convertirse únicamente en escuela fructuosa de sabios, sino llevar á la práctica sus principios, necesitaba presentar sus preceptos bajo una forma imitable. Debía, pues, ser capaz de ponernos á la vista una fisonomía viviente, en la cual se realizase, lo mismo en sus pormenores que en sus grandes rasgos, todo el conjunto de su sistema doctrinal. Y esto de manera que fuese capaz de formarse sobre ella como modelo cualquiera á quien quisiera obligar. En una palabra, debía personificar sus ideas en un ideal.

**5. Empresa difícil de una Religión universal en el establecimiento de un sistema de doctrina y de un ideal que deba durar siempre.**—No es menudo empeño para una Religión querer aparecer con la pretensión de pasar por Religión universal. Pues bien, no sólo ha establecido la Religión cristiana doctrinas que son siempre y en todo lugar aceptables, sino que ha creado un ideal que domina todas las diferencias de tiempo, de lugar, de estado, de educación, de edad, de sexo; un ideal que, á pesar de todo esto, permanece humano con toda verdad y de una manera tangible; un ideal que puede imitar todo el mundo. El empeño es grande; hasta parece irrealizable. Podemos fácilmente representarnos el sentimiento que experimentaríamos, si se nos pusiera delante un niño de la Edad Media, como modelo único, según el cual debíamos formarnos. ¡Qué diferencia, al contrario, si hubiéramos de reconocer por nuestro ideal á un Gotama, á un Zoroastro, á un Mahoma y hasta á un Sócrates anticuado, pasado

por el tamiz de la ideas modernas! Puede suceder que á su manera sea un carácter tolerable para su época y para las ideas de sus compatriotas; pero, en extraños climas, ¿podrá servir de modelo á las generaciones futuras? Podrá comunicar poderosos anhelos morales á espíritus dotados de facultades especiales; pero, ¿qué hará con el hombre ordinario, víctima de las necesidades cotidianas de la vida, ó con la debilidad de un niño? Por otra parte, si desciende hasta los pobres, hasta los niños, hasta las mujeres, ¿no sacrificará á los hombres robustos y á los espíritus superiores?

**6. Podía hacer un ensayo el Cristianismo, porque su Maestro era un hombre nuevo, un hombre verdadero y completo.**—No ha entrado el Cristianismo en todas estas consideraciones; ha intentado el pavoroso ensayo.

Hasta él, ningún sistema había tenido éxito, porque, como todos nosotros, eran hombres sus fundadores. Podía el Cristianismo acometer la empresa, porque su Maestro era incontestablemente un hombre nuevo; un hombre que, golpeado, no golpeaba; un hombre que no volvía desprecio por desprecio, que se abandonó voluntariamente al poder del que le juzgó injustamente; <sup>(1)</sup> un hombre manso y humilde de corazón; <sup>(2)</sup> un hombre que redujo á sus enemigos al silencio, requiriéndolos á que le convencieran de pecado, <sup>(3)</sup> un hombre como no lo había visto jamás el mundo. Era, en efecto, un hombre nuevo.

Y, sin embargo, era verdadero hombre.

Y aunque se cierne en alturas inmensas sobre todas las decadencias de la tierra, está muy alejado del orgullo de los estoicos, de aquel orgullo que despreciaba al hombre. No vive en el mundo, no va con el mundo, pero no rechaza al mundo. No huye de él, no lo busca, no lo teme. No tiene necesidad del mundo, pero permite que se le acerque el mundo; más aún, va á su encuentro, cuando necesita

(1) I S. Pedro, II, 23.

(2) S. Mateo, XI, 29.

(3) S. Juan, VIII, 46.